



COLECCIÓN ESCRITOS SANTERMIL

SANTIDAD EN EL TERCER MILENIO

www.santermil.com

EUCARISTÍA: VITAMINA SANTA



AGOSTO 2019

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

EUCARISTÍA: VITAMINA SANTA

1- Alimento como necesidad de vida

Todo ser vivo necesita del alimento para mantenerse vivo. Sin alimento muere. Los humanos a diferencia de otros seres vivos, contamos con dos dimensiones: la carnal y la espiritual. **Somos cuerpo y espíritu. Ambas dimensiones requieren su alimento para no morir.** Pero no solo eso, sino que también requieren crecer y desarrollarse armónicamente para no desequilibrar el ser. Si contamos con ellas, es porque ambas son necesarias para nuestra mayor plenitud. Si una niega a la otra y/o la maltrata, nuestro organismo se enferma.

Teniendo en cuenta esto, solemos aprender bastante más rápido y fácil acerca de los muchos y variados alimentos que requiere nuestra dimensión carnal. Más temprano que tarde descubrimos las diferentes calidades y cualidades que nos ofrecen distintos tipos de comidas. Sabiendo que determinados alimentos proporcionarán nutrientes y vitaminas mejores para nuestro organismo, que otros de menor calidad que suelen aportarnos desequilibrios y hasta enfermedades a nuestro cuerpo. No obstante con lo espiritual suele ser todo más difuso, más difícil de asimilar y/o aprender. Porque muchas veces no está del todo claro –o bien enseñado- las calidades y cualidades de los buenos alimentos espirituales. Pudiendo ellos también ser fuente de crecimiento sano o de enfermedad.

La Eucaristía -Cristo presente en Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad- es el mejor alimento espiritual para nuestras almas. Todo el misterio de un Dios trino se hace presente en ese pedacito de pan. El Hijo del Creador del universo todo, le obedece a su sirviente –el sacerdote- y transforma esa sustancia mundana en una celestial. Permitiendo así uno de los mayores misterios de la humanidad toda: *¡Dios con nosotros y en nosotros!*

2- Asemejarme a lo recibido

Si mi camino de fe recorrió lo suficiente como para comprender que mi felicidad se juega en amar y seguir a Cristo; en entregarle todo mi ser y mi vida, entonces la Eucaristía resulta ya algo central en mi vida. Porque en ella obra la *gracia divina* como fuerza lo sumamente poderosa y misteriosa capaz de convertir todo mi ser en uno nuevo (generalmente de manera radical). Gracia que actúa haciendo el bien a pesar de todo nuestro mal. **Si pretendo asemejarme cada vez más a Cristo, nada mejor que “invitarlo a casa” para que me eduque y enseñe personalmente.** Cuando comulgamos católicamente lo estamos recibiendo en nuestro interior. Nos estamos dejando educar y amar por Él mismo. Quizá no lo “sintamos” –no deberíamos por qué hacerlo-, pero ¡sucede!

Un simple ejemplo para comprenderlo mejor: la gracia divina obrante en toda Eucaristía es como una gran catarata de agua. Un torrente arrollador de agua cayendo de manera constante. Nuestra alma es un recipiente cuyo tamaño y porosidad dependerá del grado de fe que se tenga en Cristo. A mayor fe / santidad resultará un recipiente grande y bien compacto. Por el contrario, a menor fe un recipiente chico y sumamente poroso (poco capaz de mantener / retener líquido). La catarata cae para todos los recipientes por igual, pero dependerá del tamaño y calidad de éstos su mayor y mejor recepción del agua. De ahí la existencia de santos que representan tanques de



10.000 litros como también otras almas que representan una taza de café. Cuanto más confíe uno en el Señor, más recibirá de Él. **Cuanta más Eucaristía recibamos, más nos asemejaremos a lo recibido.**

Sin embargo, esto no es mágico. Tampoco tiene por qué ser divertido o entretenido. ¡Esto es necesario! La Eucaristía es y tiene su razón de ser para elevar lo que no podría ser elevado de otra manera. Si bien Cristo vino para salvarnos, no se fue para abandonarnos sino que antes de partir decidió instituir la Eucaristía para permanecer en nosotros y con nosotros hasta nuestro reencuentro definitivo. **Cristo vive en la Eucaristía.**

3- Frecuencia eucarística

Si los católicos fuésemos conscientes de lo que significa verdaderamente la Eucaristía, no dejaríamos pasar un solo día sin recibirla. Toda nuestra existencia, giraría en torno a ella. Pero ella no escapa a las lógicas del amor humano. Uno no se enamora y decide casarse y convivir el resto de sus días junto a otra persona que acaba de conocer. Sino que a medida que se va enamorando, va deseando cada vez más estar a su lado hasta alcanzar el punto de no querer estar sin verla de manera diaria. Con el Hijo de Dios sucede lo mismo. No me resultará necesario ir a su encuentro – comulgar- con frecuencia sino alcanzo un vínculo lo suficientemente fuerte con Él que me lleve a querer hacerlo a diario.

La frecuencia eucarística va acompañada de nuestra capacidad de comprensión de lo que ella es y representa. No podemos exigir a cualquier alma a una comunión diaria -por más que sepamos es lo mejor para ella- como tampoco podemos conformarnos con establecer que con los días Domingo “es suficiente”. Cada alma, cada recipiente, es único e irrepetible. Por lo tanto su relación personal con su Creador, también lo es. Sin embargo, no podemos dejar de destacar que más allá de caminos, estilos, experiencias vividas, la Eucaristía –Cristo sacramentado- siempre será una de las formas más perfectas de unión amorosa con Él.

La comunión diaria es consecuencia, nunca imposición. Es maduración suficiente de la fe, del amor por Cristo. Un amor que necesita ir a su encuentro diario. **Una relación personal que ya comprendió que para obtener lo mejor de ella, se requiere ir por el mejor alimento para ella.**

4- Santidad y Eucaristía

Los Santos como toda alma avanzada en la fe, asumen la Eucaristía como *de lo mejor que pueden recibir a diario*. De hecho sus días se arman y definen en función de esa media hora de encuentro con su amado. Nada ni nadie está por encima de esa prioridad o alimento esencial. Comprenden en plena fe y certeza que gracias a esa presencia en ellos, pueden llevar adelante de manera mejor y más santa todo lo demás. **Sin Eucaristía corren el riesgo de ser ¡ellos mismos! Con Eucaristía saben que es el Señor junto a ellos (y a pesar de ellos).** Todo un paradigma, todo un cambio de vida.

Estas almas no solo comprenden sino que también cumplen con todas las condiciones que implica recibirla. Y no hablamos de ser perfectos para ello, sino justamente de reconocerse lo



suficientemente imperfectos para necesitar de ella. La gracia eucarística va purificando de tal manera el alma, que la va sensibilizando lo suficiente como para descubrirse desnuda, vulnerable, necesitada de ser amada y saneada. La Eucaristía humilla al soberbio y enaltece al humilde porque le otorga la posibilidad de verse tal cual es. El alma humilde nunca alardeará de su comunión diaria. Los *perfeccionistas* -los buscadores de la perfección por sobre toda caridad- y autosuficientes de la fe, muy probablemente sí; para así mostrar su supuesta superioridad sobre otros. Ciegos incapaces de ver, necios incapaces de comprender lo que están recibiendo.

En definitiva, **las almas que abrazan el camino de la santidad son conscientes que así como sin pan ni agua no hay vida, sin Eucaristía no hay santidad.** Por lo tanto dan a cada dimensión su propio y mejor alimento. Así se convierten en cristos para los demás. Dan de lo que tienen.